

Sección Literaria

Tres temas vitales



por

Amparo Poch y Gascón

En vano se intentará llegar, exactamente, de la idea a la palabra; del sentimiento a su correcta expresión. En vano. Inútilmente queremos proyectar en el mundo exterior las constan-

tantes inquietudes de nuestra intimidad; saltar el abismo que separa nuestra mente de las cosas. La imponderable esencia de nuestra alma permanece inédita.

Pero, a pesar de su relativa impotencia, por hacernos entender, por dar libre cauce al flujo sentimental, ha hecho modelar el vocablo, llenarlo de jugo vital impregnado del sentimiento colectivo. Como el hijo, lleva en sí la sangre de quienes le dieron vida. Y las palabras se afilan, se moldean, se yerguen, se ondulan, obedientes al anhelo que cabalga sobre ellas.

«Libertad». Sonora, apacible, generosa, sincera se afirma, al final, como un rotundo mazazo que estremeciera las conciencias. La boca y el alma se abren para decirla, para aspirarla e incorporarla, viviéndola, a nuestro ser. Sencilla, como el correr del agua. Y clara. Sus tres sílabas resuenan como el aleteo de tres pájaros blancos, llamando los ojos cara al cielo anchuroso, cara a la bóveda común, infinita e inapropiable.

«Freedom» Y suave, suave, dulce también. Dulce y armoniosa. En todas las lenguas se adapta el vocablo a la magnificencia de esta suprema aspiración de los pueblos. El nuevo concepto que el hombre ha formado de sí mismo y de la vida; la estructura nueva que quieren dar a sus organizaciones; la vuelta a la bondad; todo ello tiene una extraña de armonía y dulzura. Buscamos la sonrisa y el amor.

«Freiheit». También fuerte y rotunda. Y quizás un poco áspera, un poco inquieta; fruncido, tal vez, el entrecejo, con temor de que se atente contra ella. Vigilante por el tesoro que la Humanidad presiente sin haber logrado, aún, gozar. Afirmando, categóricamente, como una voluntad bien templada, la nueva ambición que palpita en la naturaleza entera.

«Libertá». Con esa graciosa cadencia de la palabra amorosa, de la palabra que emociona y aquieta.

A ella se tienden, hoy, las manos de los hombres y las miradas.

Sabor grato del pan; razón del esfuerzo cotidiano; quieta voluptuosidad de la jornada satisfecha al calor del sol. Esto es: «Libertad».

* * *

Y tú, ¿dónde dejaste la risa, señor Amor? ¿Dónde aquellas transparentes alas de mariposa y aquella ingenua mirada infantil?

Te perdiste, ya, cuando los hombres hicieron de tí un Dios. Cuando había que adorarte con el talle quebrado, pálido el rostro, la mirada perdida en

languidez enferma. Ciego y decaído, prematuramente marchito, reclinaste la cabeza y ahora no aciertas a despertar. Suspiras y estiras alas y brazos.

La Humanidad carece de potencia de amar. Se ha roto el dulce gesto, ha huido la emoción tierna y desinteresada. Sobre los falsos gritos de fraternidad florecen las bayonetas. ¿Qué haremos, Hombres, para acercarnos unos a otros sin desconfianza? ¿Qué haremos para robustecer nuestra capacidad de amar?

Unos a otros se combaten los hermanos. El odio hace arcos en las cejas y blancura en los labios prietos. Se disparan las flechas, se arrojan los denuestos detrás de la muralla de los intereses o las ideologías. Casa, escuela, calle, periódico, amigo, club, partido... todo atiza el odio. Se ha dicho siempre a los hombres que es un deber glorioso morir o matar. Anteayer, matanzas en nombre de Dios; ayer, catástrofes sangrientas en nombre de la Patria y al ritmo de los sueños heroicos; hoy, víctimas en masa por las ideologías... ¡Pretextos! Mientras el hombre ignore al amor seguirá encontrándolos o creándolos en serie.

Pero, ¿no habrá una buena salida, señor Amor? ¿Será imposible encender la sonrisa, extender la paz como un río manso? Vamos a intentarlo, vamos a soñarlo sobre el mundo furioso. Hay que rectificar el gesto y la intención; suavizar el alma y la cara; endulzar la mirada y la voz. Hay que sacar del caudal íntimo, de la brasa infinita, todo nuestro bien y nuestra ilusión; altruizarlos, prenderlos en las cosas y en los corazones. Y quedarse, luego, como una puerta abierta, a la espera de todas las sensaciones. Quizás temblando de honda impaciencia... pero prestos a recibir todos los rayos, todos las alegrías, todas las penas del mundo, y a llevarlas suavemente, sin que la sonrisa desfallezca, sin que se aflojen las manos asidas al mundo y al hombre.

¿Vamos a soñarlo, señor Amor? Haz sobrepasar el instinto; levántales; habla la dulce música de las cosas, de las aguas, de las hojas, de las estrellas. Haz la carne ligera y el corazón poderoso.

Qué bien, abrir los ojos y los oídos ante un íntimo paisaje sin colorines ni estridencias. La luz baja tan quieta que casi no resbala, sino que se duerme, pacífica, en el muro, en la frente y en el libro. ¡Ah, sí, hermano! Hoy hemos trabajado juntos. Hemos vivido el ritmo de todos. Todos los corazones latiendo a la vez; todos los brazos marcando igual compás. ¿Te acuerdas de las sonrisas cambiadas, ojos a ojos, cómo ayudaban, cómo esforzaban? ¿Y aquel hondo suspiro del fin, no por ir al descanso, sino por la satisfacción de lo hecho?

Hoy hemos trabajado juntos. Ahora tenemos esta gran ligereza de sentirnos libres. Paradójicamente libres y ligados a todos. Casi creeríamos volar, y, sin embargo, nuestro corazón está sujeto ¡a tantas cosas! Al pequeño rincón soleado, al libro predilecto, al amigo mejor, a la canción de aquella tarde, a la caricia de aquel día...

Mira como desfilan al descanso los hombres del taller.

¿Hemos llegado, ya, a esa hora feliz de la libertad y el amor? ¿Hemos arruinado, ya, los muros; hemos quebrado, ya, los hierros? Porque sólo cuando esto se haya hecho; cuando no seamos los unos para los otros problemas o enemigos, conoceremos el inagotable misterio de la vida en serenidad.